

Suscribese en la Redacción
 LIBRERIA DE HERNANDEZ, en las
 Cuatro-calles (á donde se di-
 rijirán los avisos francos de
 porte) á 10 rs. vn. al mes para
 los suscriptores de esta ciudad,
 puesto en sus casas, y 12 para
 los de fuera franco de porte.



En Madrid se suscribe en la
 librería de Razola: Valencia,
 Cabrerizo; Barcelona, Bergues
 y comp.^{as}: Zaragoza, Polo: Se-
 villa, Caro: Valladolid, Rol-
 dan; y en Cádiz, Hortal y
 comp.

Sale los martes, jueves y
 domingos.

BOLETIN OFICIAL DE TOLEDO.

Madrid 9 de noviembre.

LA REINA nuestra Señora Doña ISABEL II,
 y S. M. la REINA Gobernadora, siguen sin no-
 vedad en su importante salud.

Del mismo beneficio disfrutan SS. AA. RR.
 los Serenísimos Señores Infantes.

TOLEDO.

Noviembre 11 de 1833.

*La union mantiene y aumenta las fuerzas, y
 la desunion las debilita y destruye.*

La cola de un caballo no podría arrancarla
 un gladiador, y pelo á pelo un niño podría ar-
 rancarla. Un gigante arrollaría á un hombre
 forzado, pero no podría arrollar á muchos que
 juntaran sus fuerzas. En el orden moral viene
 á suceder lo mismo. Un hombre de gran talen-
 to, si no tiene quien le ayude, muy poco será lo
 que podrá hacer. La union de fuerzas alcanza
 cosas que parecen imposibles, del mismo modo
 que á no verse parecería increíble el buen exi-
 to de grandes voluntades. Lo que se percibe
 con los sentidos no necesita probarse, mayor-
 mente cuando lo confirman repetidos hechos
 consignados en la historia. Pero ¡ay! es nada
 lo que quiere decir *union*: continuamente trae-
 mos en boca esta palabra, ¿y en dónde vemos
 union? Los mas de los casados viven desunidos,
 muchos hijos se atreven á sus padres, los pa-
 rientes hacen poco caso de los suyos, y aun los
 desprecian, los amos maltratan á los criados, y
 estos corresponden con ingratitud á sus amos.
 ¿En dónde encontraremos esta union tan de-
 cantada?

La amistad, don precioso del cielo para
 apoyo y consuelo de las miserias humanas, ¿á
 dónde estas? La hay ciertamente entre los hom-
 bres sensibles y generosos que sacrifican por los

amigos sus mas caros intereses y aun la propia
 vida; pero ¿cuántos se hallan en el mundo do-
 tados de tan nobles sentimientos? ¿Quién pue-
 de congratularse de tener sus amigos verdade-
 ros? Si en el seno de las familias, mediando los
 apretados nudos de la sangre, encontramos tan
 poca union, ¿qué union podemos esperar en
 las grandes familias á que llamamos naciones?

El dulce nombre de *patria* con que desig-
 namos la tierra en que nacimos, las costumbres
 que hay en ella, las ciudades, las iglesias, los
 paseos, plazas y calles á donde concurren los
 que son regidos por el mismo príncipe, y go-
 bernados por unas mismas leyes: la palabra
patria que nos representa la tierna imagen de
 una madre amorosa que nos acaricia en su re-
 gazo y que nos defiende denodadamente de
 nuestros enemigos, ¿estará bien en boca de los
 desnaturalizados hijos que despedazan sus en-
 trañas? Podrá decirse que tiene patria el que
 la acongoja con acciones contrarias á su mater-
 nidad? No. Los asesinos y ladrones, los intri-
 gantes y revoltosos, los egoistas y licenciosos no
 tienen patria, porque el casual nacimiento no
 es la patria. La patria es el no hacer daño de
 ninguna manera á sus compatriotas. La patria
 es el servir con celo á toda la comunidad. Es la
 patria el generoso esfuerzo de sacrificar la pro-
 pia conveniencia y aun la vida, si fuese menes-
 ter para salvacion de todos. ¿Se parece á este
 retrato el que se prevale de las revueltas para
 satisfacer impunemente su odio y venganza, y
 el vocinglero que blasonando de patriota sa-
 quea casas, denigra reputaciones, siembra ci-
 zaña, y enciende la tea de la discordia entre
 sus compatriotas? No por cierto: es un malva-
 do que seduce y atropella á los buenos hijos
 de la *patria*. Finalmente, si la *patria* es el
 conjunto de los ciudadanos que unen sus fuer-
 zas y sus luces para mantenerla y defenderla de
 sus enemigos, donde no hubiere esta union no
 hay patria. A. V.